

EL BROMISTA BURLADO

-Ahí va otro –dijo la camarera mirando a través del empañado cristal del bar que dejaba ver la carretera.

Fran giró su taburete para darse la vuelta y pudo ver un enorme y poderoso camión que se alejaba a toda velocidad.

-Pasan a menudo y van a todo lo que pueden –continuó la apetecible empleada mientras traía a Fran una hamburguesa y una cola.

-¿Por qué tan deprisa? –preguntó antes de dar un bocado a la carne y el pan.

-Bueno, –respondió ella- estas carreteras no están muy vigiladas por la policía y los dueños de la compañía presionan un poco a sus camioneros para que lleven los pedidos lo más rápido posible. Ya sabe.

Fran no siguió hablando y, bajando la vista hacia su cola, bebió de ella un buen trago. Dejó de pensar en aquellos camiones y se comió la hamburguesa.

-Ahí va otro –se dijo asimismo Fran mientras el camión pasaba junto a él de forma centelleante, rugiendo el motor y provocando una potente racha de viento que despeinó todavía más su pelo.

Aún le quedaban muchos kilómetros y una buena cantidad de horas aburridas de coche, donde lo único que le distraía algo era el paisaje que se exhibía ante sus ojos y que últimamente había sido muy monótono. Con la radio ya lo había intentado, pero parecía que los gustos musicales de los locutores locales no coincidían nada con los suyos.

Las líneas blancas de la carretera se sucedían una tras otra a gran velocidad. Todas eran prácticamente iguales. Sólo cambiaban en su curvatura, unas veces a la izquierda, otras a la derecha. La mayor parte eran rectas y largas.

El paisaje a ambos lados de la vía era de campo: arbustos, hierba amarilla, árboles,... Nunca era el mismo, pero sí muy similar y por eso terminó aburriendo a Fran.

Tampoco circulaban demasiados coches por aquellos caminos. Casi estaba solo. De vez en cuando pasaba junto a otro de aquellos veloces camiones, pero poco más.

El deseo de pararse en cualquier sitio, de dejar de conducir y hacer alguna otra cosa le sobrevino a Fran intensamente un par de veces. El tedio le desesperaba, pero no podía detener el viaje, le necesitaban con urgencia para hacer una gestión y había mucho dinero en juego. Inspirando profundo, se resignaba y continuaba conduciendo.

Tras un montón de kilómetros, en un momento en que el aburrimiento dejó de pesar un poco a Fran, paradójicamente, vio algo que atrajo su atención en la carretera. Una niña andaba de espaldas por el arcén del lado contrario al que circulaba él. Supo que era una niña porque era pequeña y en su cabeza se balanceaba una graciosa cola de caballo a cada uno de sus pasos; sin embargo no llevaba falda, vestía unos menudos vaqueros. En el instante después de pensar esto, una idea le vino a Fran a la mente, una ocurrencia divertida considerando el enorme hastío por el que estaba pasando. En ese momento hizo aparecer en su rostro una sonrisa y una mirada lunáticas. Se le había ocurrido asustar a la niña, acelerando el coche hacia ella, dirigiendo los faros hacia su cuerpo. Ella giraría la vista atrás al notar la luz y el fuerte sonido del motor acercárseles cada vez más. Entonces Fran vería su cara aterrorizada mirarle en el último segundo y la niña saltaría a la cuneta justo antes de que su coche pasara veloz y ruidosamente por

donde hasta ese tiempo ella había estado caminando. Luego Fran seguiría su viaje riendo con ganas. El divertido recuerdo de la broma le entretendría varios kilómetros.

Cambiando de marcha, acelerando el coche y aún conservando su loco gesto, Fran comenzó a hacer realidad su idea. El motor sonó más fuerte gradualmente mientras incrementaba la velocidad. La niña se fue haciendo más cercana. El conductor sentía cómo aumentaba su tensión, las manos le sudaban en el volante y notaba los nervios pulsar en todo su cuerpo. Saboreó mucho esta última sensación "desagradable". Cuando creyó que era el momento (el coche iba muy rápido), giró al carril contrario en dirección a la niña. Pareció durar largamente el instante en que la pequeña continuaba de espaldas caminando sin hacer caso del coche. La potente luz de los faros emblanquecía los colores de sus ropas y de su cuerpo mientras quedaban segundos para arrollarla. La tensión se hizo extrema en Fran. "¡Mírame! ¡Mírame y salta!", le dijo mentalmente. En ese momento, como oyéndole, la niña se detuvo y giró hacia atrás el cuerpo y la cabeza de la misma forma en que lo había soñado Fran. Los ojos de la pequeña fueron inundados por la muy cercana y amenazadora luz y, viéndolo Fran y disfrutando al límite por ello, el terror provocó en ella una grotesca mueca de pánico.

-¡Jaaaaa, ja, ja! –rió éste enérgicamente mientras, como respondiéndole, la niña gritó aterrada-. ¡Saltaaaa! –chilló Fran en el último segundo. Pero su fantasía no se cumplió,... algo falló. Cuando debía haberse echado a la cuneta, la pequeña no lo hizo, se quedó quieta (tal vez por el terror o porque Fran no dio tiempo a ello) y el coche la golpeó muy fuerte. En el momento de oír el impacto y de verla salir proyectada hacia delante, Fran se dio cuenta de que había fallado su broma y, horrorizado, pisó el freno a tope haciendo detener el coche y derrapando ruidosamente varios metros por el asfalto. El cuerpo de la niña cayó y rodó con violencia aún mucho más hacia adelante. Cuando se detuvo la menuda figura y quedó tendida en la carretera, Fran permaneció mirándola

aterrado y arrepentido durante un silencioso tiempo. Sólo podía notarse a sí mismo respirar honda y velozmente, y la sangre latirle con mucha intensidad molesta en la nuca. Por fin reaccionó y salió del coche raudo en busca de la niña. Dudando, puso boca arriba el cuerpo inmóvil y entonces se horrorizó. Vio en la mirada perdida de ella que había muerto y que un lado de su (con anterioridad) angelical cara estaba destrozado, seguramente al chocar y ser arrastrada contra el asfalto.

Estaba hecho. La había asesinado. El miedo se apoderó de Fran muy agudamente, casi haciéndole perder el control. Las consecuencias penales de su broma aparecieron en su pensamiento y le hicieron olvidar a la pobre niña. Miró rápido a su alrededor por si alguien no le había visto y poder huir del lugar. No circulaba ningún vehículo en aquel momento. En la cuneta izquierda no había nadie. Sin embargo y fatalmente, a la derecha, encima de un terraplén, recortada su figura al lado de la de los árboles, otra niña le estaba contemplando. Fran no podía ver su rostro por la oscuridad y la lejanía, aunque sí distinguió que también llevaba el pelo recogido en una coleta. Con probabilidad era una amiga de la muerta o su hermana. El homicida se aterró, le habían descubierto, sabían que había matado, le encerrarían en la cárcel. Empezó a ir hacia ella para hablarle (en ese momento no pensaba qué), pero la chiquilla pareció asustarse y corrió abajo por el otro lado del terraplén. Inmediatamente y por instinto, Fran echó a correr tras ella. Al principio no sabía por qué, pero cuando la vio adentrarse en el bosque y tras seguirla un rato por entre los árboles, en su mente fue creciendo la idea de que debía cogerla, evitar que le contara a alguien su asesinato,... ¡matarla!

Sí, eso haría. La asesinaría. Una muerte más no importaba cuando ya habías cometido una. Dentro del bosque nadie se enteraría de nada. Luego volvería a su coche, se alejaría de allí y no regresaría nunca. Sí, eso haría.

Fran se introdujo rápidamente en la oscura espesura. Pasaba por entre los árboles casi rozándolos a toda velocidad y con peligro de chocar con alguno de ellos. Al principio le recreó mucho la carrera, sintiéndose admirado de sus propios reflejos evitando troncos, ramas y raíces. Un poco más adelante se olvidó del juego porque no conseguía ver a la niña. Se detuvo uno o dos segundos varias veces mirando desesperado a su alrededor, pero no la distinguía entre los árboles y continuaba corriendo hacia delante y abajo, siguiendo la última dirección que vio coger a la cría. Comenzó a exasperarse y a perder la confianza de que la encontraría, pensó que la había perdido. Súbitamente entrevió colores distintos al verde y al negro por delante suya, a la izquierda. De manera inconsciente siguió corriendo ahora hacia allí y volvió a alegrarse al ver de nuevo unos cabellos sacudirse atrayentes en una cola de caballo. ¡Era ella! El cansancio que había estado sufriendo pareció casi desaparecer y Fran aumentó su velocidad dirigiéndose hacia su pequeño blanco.

Estaba ya detrás de ella, cada vez más cerca. Casi podía oír su forzada respiración por la carrera. Unas ramas se engancharon desalmadas en su menudo jersey, lo que la obligó a detenerse un segundo para liberarse mientras su voz infantil articulaba un grito de aterrada protesta. Fran creyó que en ese instante la cogería, pero la niña logró soltarse y siguió corriendo bosque abajo.

La persecución continuó un tiempo. Ya casi la tenía al alcance, un poco más y la agarraría. De repente, los árboles acabaron porque el bosque era atravesado por una carretera. La muchacha escaló dificultosamente el arcén elevado cuando Fran la cogió del desgarrado jersey. Con un largo chillido de desesperación, ella logró zafarse y subir al asfalto. El acosador continuó y arriba por fin consiguió aferrarla.

-¡Ven aquí! –le gritó mientras la giraba. Ella no opuso resistencia. Al darse la vuelta, Fran vio la mitad de su cara destrozada y se horrorizó al límite al darse cuenta de

algo. En ese momento reconoció a la niña. Era la misma de antes, la que había atropellado: el rostro desfigurado, su cola de caballo,... ¡Pero no podía ser! ¡Dejó a la chiquilla muerta en la carretera y luego vio a esta otra! A causa del parecido podría ser su hermana, pero... ¿y la cara destrozada? Su mente no sacaba nada en claro, no tenía sentido, hasta que un pensamiento comenzó a turbarle al ver a la niña sonreír con su boca medio ensangrentada. La macabra risa se transformó en carcajada frenética. Era ella, la misma. Había regresado para vengarse y sabía que algo malo iba a ocurrirle a él, algo terrible. De pronto, como respondiendo a sus fatídicas especulaciones, un ruido de motor y una luz muy potentes aparecieron en el lugar. Mientras la horrenda cría reía, ambos observaron uno de los enormes y raudos camiones que solían avanzar por esas carreteras, aquellos camiones que Fran había estado viendo todo el día pasar a su lado a toda velocidad.

No podría apartarse. El gran vehículo venía muy cerca y muy rápido. Fran supo que le mataría. Ésa era la venganza de la pequeña, matarle como él la había asesinado, siendo atropellado. La niña seguía desternillándose mientras la luz de los ominosos faros se hacía más y más cegadora por la cercanía.